

vulnerada y desnaturalizada: teórica y prácticamente desde Bentham y Montesquieu hasta nuestros días. En sus obras políticas se verá el celo, saber y elocuencia con que aboga por la libertad de la Iglesia y de los pueblos contra las pretensiones de la tiranía; aprenderemos cuán íntima é indisolublemente se hallan unidas entrambas libertades. En una palabra, en los impercederos escritos de Santo Tomás hallaremos con toda distinción y seguridad el norte y rumbo que debe seguir la nave social para resistir victoriosamente las diversas oleadas del cesarismo y de la revolución; en ellos hallaremos las verdades salvadoras y los principios vitales que pueden vivificar y regenerar nuestra sociedad corrupta y decadente. Estudiemos, sí, estudiemos todos tan luminosos escritos y habremos merecido bien de la ciencia, de la Iglesia y de toda la humanidad tan enriquecida por el ingenio, la sabiduría y la santidad del *Doctor Angélico*.

## II.

Recomendamos la lectura del discurso del Sr. D. Marcellino Menendez y Pelayo, cuyo título es: «Algunas consideraciones sobre Francisco de Vitoria (Ord. Praed.) y los orígenes del Derecho de gentes.» Madrid—1892. «Ensayos de crítica Filosófica, pág. 367.»

## ARTÍCULO XXVII

## DE LA SAGRADA ESCRITURA

¡La Biblia! ¡Ay! ¡qué lectura tan divina, tan abundante tan confortativa, tan recomendada! (1) ¡Qué máximas en los libros sapientiales! ¡Qué variedad en los salmos! ¡qué arsenal para los predicadores! (2) ¡qué dulzuras en S. Juan ¡qué fuerza en el gran S. Pablo! La Biblia, dice César Can-

(1) Véanse las obras del P. Fr. Ramón Vigil, Obispo de Oviedo, de Fr. Cefelino Gonzalez, Cardenal, Dominicos españoles ambos.—(2) Véase, el cap. IV, pág. 55 de «El orador Sagrado» del P. Monsabré, O. P. 1900.

tú, toca todas las cuestiones más elevadas y capitales, todos los enigmas de la ciencia, todos los misterios del hombre moral ó físico, del tiempo y de la eternidad. La Biblia es el libro de todos los siglos, de todos los pueblos, de todas las situaciones; tiene consuelos para todos los dolores, cánticos de alegría para todos los legítimos placeres, verdades para todos los tiempos y consejos para todos los estados.

Por eso dijo el Señor á su pueblo, y en él á todos nosotros: «Hable continuamente tu boca del libro de esta ley y medite de día y de noche lo que en él se contiene, á fin de que guardes y cumplas todas las cosas en él escritas, con lo cual irás por el camino recto y procederás sabiamente.» El Apóstol S. Pablo recuerda á su discípulo Timoteo, que, desde la niñez, había aprendido las sagradas Letras, «las cuales, añade, te pueden instruir para la salvación mediante la fe de Jesucristo.» Y prosigue: «Toda Escritura divinamente inspirada es útil *para enseñar, para convencer, para corregir, para dirigir* según la justicia, á fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté apercebido para toda obra buena» (1). La lectura de los libros sagrados, decía Orígenes (2), es una armería espiritual de que usamos para pelear contra las potestades del infierno y del mundo. Es, según el Crisóstomo (3), pan del alma y sustento del espíritu, y nos sirve de alcázar para defendernos del pecado, ó de antídoto, en expresión de San Ambrosio, contra nuestras pasiones, ó de medicina universal para todas nuestras dolencias espirituales.

San Agustín en el libro de sus Confesiones (4) escribe: «Fué providencia singular del Señor, que hubiere él leído antes de su conversión los libros de los filósofos. Puesto caso que leyendo después las santas Escrituras, pudo apreciar mejor la gran diferencia que había entre unas y otras escrituras.» Los filósofos, prosigue, «si saben á don-

(1) 2.ª Ad Thim. 3, 16.—(2) Hom. 8.ª, in 10.—(3) Hom. in Math., 3.—(4) Lib. 7, cap. 9.

de debemos ir, que es la felicidad, no adivinan el camino. No tienen aquellas letras (las de los filósofos) la verdad de nuestra religión ni las lágrimas de nuestra confesión; no hablan del verdadero sacrificio, que es el espíritu atribulado y el corazón contrito y humillado, ni hablan de la ciudad santa de la esposa de Cristo, ni de la redención, precio de nuestro rescate.» Nadie canta en aquellas escrituras con el Profeta: «¿Por ventura no estará mi alma sujeta á Dios, pues de él procede mi salud?» Estas cosas, Señor, escondiste Tú á los sabios y revelaste á los pequeños.

El mismo Santo en el libro 8.º escribe la conversión de Victorino, hombre muy letrado y distinguido, el cual con la lectura de esas divinas Escrituras, vino á dejar la gentilidad, y abrazar la fe de Cristo. ¿Y quién en realidad decidió de San Agustín más que aquel pasaje de San Pablo: «No en las deshonestidades ni embriagueces está el reino de Dios; sino revestidos de Nuestro Señor Jesucristo?»

Así decía el Señor á su pueblo (1): «Traerás estas palabras que yo te mando hoy, escritas en tu corazón, y las enseñarás á tus hijos, y pensarás en ellas estando en tu casa y andando camino, y cuando durmieres y despertares del sueño; y las atarás por señal en tu mano, y estarán y se moverán delante de tus ojos, y las escribirás en los umbrales y puertas de tu casa.»

Para conclusión de lo cual, óigase lo que en particular sobre los Sapienciales y Profetas escribe (2) el V. Granadino: «Los Sapienciales, dice, son una filosofía moral, ordenada, no por Aristóteles, ni Platón, sino por el Espíritu Santo; en la cual, sin divisiones, ni definiciones, ni silogismos, y sin variedad de opiniones somos enseñados á ordenar y regir nuestra vida, así en el tiempo de la adversidad como de la prosperidad: donde son tantos los avisos y consejos que se nos dan, que ninguna parte de la vida queda sin sus propios documentos y doctrinas. En ellos

(1) Deut., 6.—(2) Introd. al Símbolo, 2 p. cap. 9.

son inducidos los hombres por muchas razones á ser justos, y se declara con qué género de obras lo hayan de ser, que es la suma de toda la filosofía cristiana. Los cuales libros habian de traer siempre en el seno los que desean acertar á bien vivir, porque en ellos hallarán luz para sus entendimientos, devoción para sus voluntades, medicina para sus llagas, y documentos saludables para ordenar sus ideas. Tienen también estos libros otra excelencia, que es no haber en ellos un renglón que no tenga alguna señalada y provechosa sentencia. En otros libros á veces es menester pasar muchas hojas para hallar un buen bocado mas aquí no hay cosa que no sea de precio: no hay cláusula que no sea una saludable sentencia y una perla preciosa. Porque estos libros parece que fueron una breve recopilación de toda la Sagrada Escritura.»

«Siguen después los Profetas, los cuales, entre otras muchas cosas muy buenas, una de las más admirables, es la fuerza del espíritu y la grandeza de la elocuencia con que estos hombres divinos afeaban y encarecían las ofensas de Dios. Lea quien quisiere los primeros catorce capítulos de Jeremías, y si supiese algo de los preceptos de los oradores, verá cómo este grande orador, enseñado por el Espíritu Santo, trata esta causa de Dios contra los malos con tanta elocuencia, con tales palabras, con tantas exclamaciones, con tanta variedad de figuras y de razones, ya con halagos, ya con amenazas, ya con ejemplos de otras naciones, ya con ponerles ante los ojos la fealdad de sus idolatrías y desvergüenzas, y juntamente los beneficios divinos, que ni Tulio, ni Demóstenes usaran, ni de tanta variedad de figuras, ni de tantas sentencias como este Profeta usó. Elocuente sin elocuencia, artificioso sin artificio; porque tenía al Espíritu Santo por Maestro, el cual le daba primero el sentimiento de aquellos tan grandes males, y después las palabras y elocuencia proporcionadas al sentimiento que tenían.»

No podemos terminar este artículo sin hacer mérito de

una Encíclica sobre el estudio de la Sagrada Escritura, dada por León XIII, donde establece de un lado leyes para la mejor interpretación de la palabra de Dios, y de otro recomienda poderosa y eficazmente su estudio, mayormente en los seminarios y universidades.

II

EPÍSTOLA ENCÍCLICA DEL ESTUDIO DE LA SAGRADA  
ESCRITURA.—LEÓN P. XIII

*Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.*

La Providencia de Dios, que por un admirable designio de amor ha elevado en sus comienzos al género humano á una participación de la naturaleza divina; que después ha restaurado en su primera dignidad al hombre redimido del pecado original arrancándole á su perdición, ha dado á ese mismo hombre un precioso auxilio á fin de abrirle por un medio sobrenatural los tesoros ocultos de su divinidad, de su sabiduría y de su misericordia.

Aunque deben comprenderse en la revelación divina las razones que no son inaccesibles á la razón humana, y que han sido reveladas al hombre, á fin de que todos puedan conocerlas fácilmente, no puede decirse, sin embargo, que esta revelación sea *necesaria de una manera absoluta*, sino porque Dios, en su infinita bondad, ha destinado al hombre á un fin sobrenatural. (*Concilio Vaticano*).

«Esta revelación sobrenatural, según la fe de la Iglesia universal, se halla contenida, tanto en las tradiciones no escritas, como en los libros llamados santos y canónicos, porque escritos bajo la inspiración del Espíritu-Santo, tienen á Dios por autor, y en tal concepto han sido dados á la Iglesia.»

Eso es lo que ésta no ha cesado de pensar ni de profesar públicamente respecto de los libros del Antiguo y Nuevo Testamento. Conocidos son los documentos anti-

guos muy importantes, que indican que Dios ha hablado primeramente por los profetas, después por sí mismo, luego por los Apóstoles, y que nos ha dado también la Escritura que se llama canónica (San Agustín de *cin Dei*), y que no es otra cosa sino los oráculos y las palabras divinas, y que constituye como una carta otorgada por el Padre celestial al género humano que viaja fuera de su patria y que nos han trasmitido los autores sagrados.

Este origen demuestra bien claramente cuánta es la excelencia y el valor de las Escrituras, que teniendo á Dios mismo por autor, contienen la indicación de sus más altos misterios, de sus designios y de sus obras. Resulta de todo esto, que la parte de la Teología que concierne a la conservación y á la interpretación de estos libros divinos, es de suma importancia y de la más grande utilidad.

Nós hemos tomado con empeño la tarea de hacer progresar otras ciencias que Nos parecían muy apropiadas al acrecentamiento de la gloria divina y á la salvación de los hombres; tal ha sido por Nuestra parte el objeto de frecuentes Encíclicas y numerosas exhortaciones que, con la ayuda de Dios, no han resultado estériles. Nós propusimos también, desde hace mucho tiempo, reanimar y recomendar del mismo modo este tan noble estudio de la Sagrada Escritura y de dirigirlo de una manera más conforme á las necesidades de los tiempos actuales.

La solicitud de Nuestro cargo apostólico Nos anima y en cierto modo Nos impulsa, no solamente á querer abrir con toda seguridad y amplitud, para la utilidad del pueblo cristiano, esta preciosa fuente de la revelación católica, sino también á no tolerar que sea enturbiada en alguna de sus partes, ya por aquellos á quienes mueve una audacia impía y que atacan abiertamente á la Sagrada Escritura, ya por los que suscitan á cada paso innovaciones engañosas é imprudentes.

Nós no ignoramos, seguramente, Venerables Hermanos, que cierto número de católicos, hombres ricos en ciencia

y en talento, se dedican con ardor á defender los Libros Santos ó á propagar más y más su conocimiento é inteligencia. Pero alabando con justo título sus trabajos y los resultados que de ellos obtienen, Nós no podemos dejar de exhortar á que lleven á término esta santa tarea, para merecer el mismo elogio, á otros hombres cuyo talento, ciencia y piedad, promete en esta obra excelentes resultados.

Nós deseamos ardentemente que el mayor número de fieles católicos emprendan como conviene la defensa de las Sagradas Letras, y á ello se dediquen con constancia; Nós deseamos, sobre todo, que aquellos que han sido llamados por la gracia de Dios á las Órdenes Sagradas, pongan de día en día mayor cuidado y más grande celo en leer, meditar y explicar las escrituras; pues nada hay más conforme á su estado.

Aparte de la bondad de tal ciencia y de la obediencia debida á la palabra de Dios, otro motivo, sobre todo, Nos hace juzgar que el estudio de la Sagrada Escritura debe ser eficazmente recomendado. Este motivo es la abundancia de las ventajas que de ello resultan y de las que tenemos como prenda las palabras del Espíritu-Santo: «*Toda la Escritura divinamente inspirada es útil para instruir, para razonar, para conmover, para acomodarse á la justicia á fin de que el hombre de Dios sea perfecto y pronto á toda buena obra.*» (Ep. ad. Tím.)

Con este designio ha dado Dios á los hombres las Escrituras: los ejemplos de Nuestro Señor Jesucristo y de los Apóstoles lo demuestran. Jesús mismo, en efecto, que «*se ha conciliado la autoridad por milagros, ha merecido la fe por su autoridad y ha ganado á la multitud por su fe*», tenía costumbre de apelar á la Sagrada Escritura en testimonio de su divina misión.

El se sirve en ocasiones de los Libros Santos á fin de declarar que es el enviado de Dios y Dios mismo; de ellos toma argumentos para instruir á sus discípulos y para

apoyar su doctrina; invoca su testimonio contra las calumnias de sus enemigos; los opone en su respuesta á los saduceos y á los fariseos, y los vuelve contra el mismo Satanás, que los invoca con imprudencia; los emplea aún al fin de su vida, y una vez resucitado los explica á sus discípulos hasta que sube á la gloria de su Padre.

Los Apóstoles se han ceñido á la palabra y á las enseñanzas del Maestro, y aunque Él mismo les concedió el don de hacer milagros, ellos sacaron de los Libros Santos un gran medio de acción para propagar por todas las naciones la sabiduría cristiana, vencer las obstinaciones de los judíos y ahogar las nacientes herejías.

Este hecho resalta en todos sus discursos, y en primer término en los de San Pedro; ellos los compusieron en gran parte con Texto del Antiguo Testamento, considerando como el apoyo más firme de la Nueva Ley. Y esto no es menos evidente en lo que atañe á los Evangelios de San Mateo y San Juan y en las Epístolas llamadas católicas, según el testimonio de aquel que «*delante de Gamaliel*» se gloriaba de haber estudiado la Ley de Moisés y de los profetas para poder decir con confianza, provisto de armas espirituales: «*Las armas de nuestra milicia no tienen nada de terrenales: son la omnipotencia de Dios.*»

Que todos, y muy especialmente los soldados del ejército sagrado, comprendan, pues, según los ejemplos de Cristo y de los Apóstoles, en cuánta estimación deben tener á la Sagrada Escritura, y con cuánto celo y con qué respeto les es preciso, por decirlo así, aproximarse á este arsenal.

En efecto; aquellos que deben propagar, sea entre los doctos ó entre los ignorantes, la verdad católica, en ninguna parte, fuera de los Libros Santos, encontrarán enseñanzas más numerosas y más completas sobre Dios, bien sumo y perfectísimo, y sobre las obras que ponen de manifiesto su gloria y su amor.

En lo que se refiere al Salvador del género humano,

ningún texto es tan fecundo y conmovedor como los que se encuentran en toda la Biblia, y por esto ha podido San Jerónimo afirmar con razón «que la ignorancia de las Escrituras es la ignorancia de Cristo». En ellas se ve viva y palpante la imagen del Hijo de Dios, y este espectáculo alivia los males de un modo admirable, exhorta á la virtud é invita al amor divino.

En lo que concierne á la Iglesia, su institución, sus caracteres, su misión y sus dones, encuéntranse en la Escritura tantas indicaciones, y existen en su favor argumentos tan sólidos y tan bien apropiados, que el mismo San Jerónimo ha podido decir con mucha razón: «Aquel que se apoya en los testimonios de los Libros Santos, es el baluarte de la Iglesia».

Ahora, si se buscan preceptos relativos á las buenas costumbres, á las reglas de vida, los hombres apostólicos encontrarán en la Biblia grandes y excelentes recursos, prescripciones llenas de santidad, exhortaciones en las que maravillosamente se hallan reunidas la suavidad y la fuerza, notables ejemplos de todas las virtudes, á los que se añaden la promesa de las recompensas eternas y el anuncio de las penas del otro mundo; promesas y anuncios hechos en nombre de Dios y apoyándose en sus palabras.

Virtud es ésta notabilísima y particular á las Escrituras: procedente del soplo divino del Espíritu Santo, que da autoridad al orador sagrado, le inspira una libertad de lenguaje verdaderamente apostólica y le suministra una elocuencia vigorosa y convincente.

En efecto: aquel que lleve en su discurso el espíritu y la fuerza de la palabra divina «no habla solamente con la lengua, sino con la virtud del Espíritu Santo y con grande abundancia de frutos».

Por esta razón debe decirse que obran con torpeza é imprevisión los que hablan de la Religión y anuncian los preceptos divinos sin invocar apenas otra autoridad que

las de la ciencia y de la sabiduría humana; se apoyan más en sus propios argumentos que en los argumentos divinos.

Es, por lo tanto, su elocuencia, aunque brillante, lánguida y fría, en cuanto se ve privada del fuego de la palabra de Dios y carece de la virtud que brilla en el lenguaje divino: «Pues la palabra de Dios es más fuerte y más penetrante que una espada de dos filos; entra en el alma y en el entendimiento hasta el punto de atravesarnos en cierto modo».

Aparte de esto, los mismos sabios deben convenir en ello, existe en las Sagradas Letras una elocuencia admirablemente variada, admirablemente rica y digna de los más grandes objetos; esto es lo que San Agustín ha comprendido perfectamente probado, lo que la experiencia permite comprobar en las obras de los oradores sagrados. Éstos debieron, sobre todo, su gloria al estudio asiduo y á la meditación de la Biblia, y en éstos dieron testimonio de su gratitud hacia Dios.

Conociendo á fondo todas estas riquezas y haciendo de ellas un uso frecuente, los Santos Padres no han economizado sus elogios á la Sagrada Escritura, por los frutos que de ella se pueden obtener.

En más de un pasaje de sus obras llaman á los Libros Santos «precioso tesoro de las doctrinas celestiales y eterno manantial de salvación», y los comparan á fértiles praderas y á deliciosos jardines, en los que el rebaño del Señor encuentra una fuerza admirable y un maravilloso encanto.

Tal es también el sentido de San Gregorio el Grande, que ha indicado más excelentemente que nadie los deberes de los Pastores de la Iglesia: «Es necesario—dice—que los que se dedican al ministerio de la predicación no cesen de estudiar los Libros Santos».

Y aquí nos place recordar este aviso de San Agustín: «No será en lo exterior un verdadero predicador de la pa-

labra de Dios, aquel que no la escucha en el interior de sí mismo».

San Gregorio aconseja, aun á los autores sagrados, «que antes de llevar la palabra divina á los otros, deben aquéllos examinarse á sí propios para no descuidarse ocupándose en las acciones de los demás».

Esta verdad habia ya sido manifestada por la palabra y el ejemplo de Cristo, que empezó «á obrar y á enseñar» y la voz del Apóstol la habia también proclamado al dirigirse, no solamente á Timoteo, sino á todo el orden de los Eclesiásticos cuando anunciaba este precepto: «Vela con atención sobre tí y sobre tu doctrina; pues obrando así, te salvarás á tí mismo y salvarás á tus oyentes».

Y ciertamente, para la propia y ajena santificación se encuentran preciosos socorros en los Libros Santos, y abundan, sobre todo, en los salmos. No obstante, éstos sólo aprovecharán á los que presten á la divina palabra no solamente un espíritu dócil y atento, sino una buena voluntad perfecta y una verdadera piedad.

Estos libros, en efecto, dictados por el mismo Espíritu Santo, contienen verdades muy importantes, ocultas y difíciles de interpretar en muchos puntos; para comprenderlos y explicarlos, tendremos siempre necesidad de la presencia de este mismo Espíritu; esto es, de su luz y de su gracia que, como nos advierten los Salmos, deben ser implorados por medio de la oración humana acompañada de una vida santa.

Y en esto aparece de un modo esplendoroso la previsión de la Iglesia. «Para que este tesoro de los Libros Sagrados que el Espíritu Santo ha entregado á los hombres con soberana liberalidad no fuera desatendido, ha multiplicado en todo tiempo las instituciones y los preceptos. Ha decretado no solamente que una gran parte de la Escritura fuera leída y meditada por todos sus Ministros en el ejercicio cotidiano, sino que estas Escrituras fueran enseñadas é interpretadas por hombres doctos, en las cate-

drales, en los monasterios y en los conventos de Regulares donde pudiera prosperar su estudio; ha ordenado por rescripto que los domingos y fiestas solemnes sean alimentados los fieles con las palabras saludables del Evangelio. De este modo, y gracias á la sabiduría y vigilancia de la Iglesia, el estudio de la Sagrada Escritura se mantiene floreciente y es fecundo en frutos de salvación».

Para afirmar nuestros argumentos y nuestras exhortaciones, queremos recordar que todos los hombres notables por la santidad de su vida y por su ciencia de las verdades, siempre han cultivado con asiduidad el estudio de las Santas Escrituras. Vemos que los discípulos más inmediatos de los Apóstoles, entre los que citaremos á Clemente de Roma, á Ignacio de Antioquía, Policarpo, todos los Apologistas, especialmente Justino é Ireneo, han encaminado los argumentos de sus cartas y de sus libros á la conservación ó á la propagación de los dogmas divinos difundiendo la doctrina, la fuerza y la piedad de los Libros Santos.

En las escuelas de Catecismo y de Teología que se fundaron en la jurisdicción de muchas Sedes episcopales, y entre las que figuran como más célebres las de Alejandría y Antioquía, la enseñanza no consistía, por decirlo así, más que en la lectura, explicación y defensa de la palabra de Dios escrita.

De estas aulas salieron la mayor parte de los Santos Padres y escritores, cuyos profundos estudios y notables obras se sucedieron durante tres siglos, con tan grande abundancia, que este período fué llamado la Edad de Oro de la exégesis bíblica.

Entre los de Oriente, el primer puesto corresponde á Orígenes, hombre admirable por la rápida concepción de su entendimiento y por sus trabajos no interrumpidos. En sus numerosas obras y en sus inmensas *Exaplas* puede decirse que se han inspirado casi todos sus sucesores.

Entre los muchos que han extendido los límites de esta ciencia, es preciso enumerar, como más eminentes, en Alejandría, á Clemente y á Cirilo; en Palestina, á Eusebio y al segundo Cirilo; en Capadocia, á Basilio el Grande, á Gregorio Nazianceno y Gregorio de Nicea, y en Antioquia á Juan Crisóstomo, en quien á una notable erudición se unió la más elevada elocuencia.

La Iglesia de Occidente no ostenta menores títulos de gloria. Entre los numerosos doctores que se han distinguido en ella, ilustres son los nombres de Tertuliano y de Cipriano, de Hilario y de Ambrosio, de León el Grande y de Gregorio el Grande; pero sobre todo los de Agustín y de Jerónimo.

El uno demuestra su penetración admirable en la interpretación de la palabra de Dios y su consumada habilidad en sacar de ella partido para defender la verdad católica; el otro por su conocimiento extraordinario de la Biblia y por sus magníficos trabajos sobre los Libros Santos, ha sido honrado por la Iglesia con el título de Doctor máximo.

Desde esta época hasta el siglo undécimo, aunque esta clase de estudios no fueron tan ardentemente cultivados, ni tan fecundos en resultados como en las épocas precedentes, florecieron bastante, gracias, sobre todo, al celo de los Sacerdotes.

Estos cuidaron, ó de recoger las obras que sus predecesores habían escrito sobre asunto tan importante, ó de propagarlas después de haberlas estudiado concienzudamente, y de enriquecerlas con el fruto de sus meditaciones. Así es como procedieron entre otros, Isidoro de Sevilla, Beda y Alcuino. Todos ellos glosaron los manuscritos sagrados, como Valfrido, Strabón y Anselmo de Luan, ó trabajaron por medio de procedimientos nuevos, para mantener la integridad de los textos, como lo hicieron Pedro Damían y Lofrán.

En el siglo XII muchos emprendieron con gran éxito

la explicación alegórica de la Sagrada Escritura; en este género San Bernardo se distinguió fácilmente entre todos los demás; sus sermones no se apoyaban, por punto general, sino en las Divinas Letras.

Pero también nuevos y abundantes progresos se realizaron, gracias al método de los escolásticos. Éstos, aunque se dedicaron á investigar el verdadero texto de la versión latina, como lo demuestran las *Biblias corregidas* que ellos publicaron, pusieron todavía más celo y más cuidado en la interpretación y en la explicación de los Libros Santos.

Tan sabia y claramente como algunos de sus predecesores distinguieron los diversos sentidos de las palabras latinas, fijaron el valor de cada una desde el punto de vista teológico, anotaron los diferentes capítulos de los libros y el asunto de los capítulos, profundizaron en la significación de las palabras bíblicas y explicaron la relación de los preceptos entre sí. Todo el mundo ve cuánta luz ha sido llevada á puntos oscuros con dichos procedimientos. Además, sus libros, sean relativos á la Teología ó dedicados á comentar la Sagrada Escritura, manifiestan una ciencia profunda, sacada de los Libros Santos.

*A este título, Santo Tomás se ha llevado, entre todos ellos, la palma.*

Pero desde que nuestro predecesor Clemente V nombró para el Ateneo de Roma y para las más célebres Universidades maestros de lenguas orientales, éstos empezaron á estudiar la Biblia, al mismo tiempo que sobre el manuscrito original, sobre la versión latina. Y cuando seguidamente los monumentos de la ciencia de los griegos nos fueron comunicados, y cuando, sobre todo, el arte nuevo de la imprenta fué inventado, el cultivo de la Sagrada Escritura se extendió de un modo extraordinario. Es realmente asombroso cómo en corto espacio de tiempo se multiplicaron las ediciones de los Sagrados Libros, sobre todo, la de la Vulgata, de tal modo, que en esta época, tan

desacreditada por los enemigos de la Iglesia, los Libros Divinos eran estimados y venerados.

No debe omitirse el recuerdo de aquel gran número de hombre doctos, perteneciente, sobre todo, á las Órdenes religiosas, que desde el Concilio de Viena hasta el de Trento, trabajaron por la prosperidad de los estudios bíblicos. Estos, gracias á nuevos auxilios, á su vasta erudición y á su notable talento, no sólo acrecentaron las riquezas acumuladas por sus predecesores, sino que prepararon, en cierto modo, el camino que debían seguir los sabios del siguiente siglo; durante el que, y como resultado del Concilio de Trento, la época tan próspera de los Padres de la Iglesia pareció, hasta cierto punto, renacer.

Nadie, en efecto, ignora y á Nós es grato recordar que Nuestros predecesores, desde Pío IV á Clemente VIII, ordenaron la publicación de notables ediciones de las versiones antiguas, entre ellas la de Alejandría y la Vulgata. Las que se publicaron seguidamente de orden y bajo la autoridad de Sixto V y del mismo Clemente son, hoy día, de uso general. Se sabe que en esta época fueron editadas, al mismo tiempo que otras versiones de la Biblia, las Biblias políglotas de Amberes y de París, muy bien dispuestas para la investigación de su sentido exacto.

No hay un solo libro de los dos Testamentos que no encontrara entonces un hábil intérprete; ni existe cuestión alguna relacionada con este asunto, que no ejercitara con fruto el talento de muchos sabios, entre los que, cierto número sobre todo, los que estudiaron más á los Santos Padres, adquirieron un renombre notable.

Desde esta época no ha faltado el celo á Nuestros exégetas. Hombres distinguidos han adquirido grandes méritos por sus estudios bíblicos y por sus defensas de la Sagrada Escritura contra los ataques del racionalismo, sacados de la filología y de las ciencias análogas, y que aquéllos han rechazado sirviéndose de argumentos del mismo género.

Todos los que sin prevención examinen esta rápida reseña, Nos concederán ciertamente que la Iglesia no ha carecido jamás de previsión; que siempre ha hecho correr hacia sus hijos las fuentes saludables de la Divina Escritura; que siempre ha conservado este auxilio, para cuya guarda ha sido propuesta por Dios, y que lo ha fortificado por medio de todas suertes de trabajos, de tal modo que no ha tenido jamás, ni tiene ahora, necesidad de ser excitada en semejante tarea por hombres que la son extraños.

El plan que Nos hemos propuesto exige que Nós os hablemos de lo que parece útil al buen régimen de estos estudios. Pero importa, sobre todo, examinar qué hombres Nos ponen obstáculos y á qué armas y procedimientos recurren para ello.

Antiguamente la Santa Sede tuvo que habérselas con los que, apoyándose en su juicio particular y repudiando las diversas tradiciones y la autoridad de la Iglesia, afirmaban que la Escritura era la única fuente de la revelación y el Juez Supremo de la fe.

Ahora Nuestros principales adversarios son los racionalistas, que, hijos y herederos, por decirlo así, de aquellos otros hombres de quienes más arriba hablamos, y fundándose igualmente en su propia opinión, rechazan abiertamente aún aquellos restos de fe cristiana aceptados por sus predecesores.

Ellos niegan, en efecto, toda inspiración; niegan la Escritura; proclaman que todos esos sagrados objetos no son sino invenciones y artificios de los hombre, y miran á los Libros Santos, no como el relato fiel de acontecimientos reales, sino como fábulas ineptas y falsas historias. A sus ojos no han existido profecías, sino predicciones forjadas después de haber ocurrido los acontecimientos; ó bien presentimientos producidos por causas naturales, para ellos no existen milagros verdaderamente dignos de este nombre, manifestaciones de la omnipotencia divina, sino hechos asombrosos que no traspasan en modo alguno

los límites de las fuerzas de la Naturaleza, ó más bien *ilusiones* y mitos, y que, en una palabra, los Evangelios y los escritos de los Apóstoles no han sido escritos por los autores á quienes se atribuyen.

Para sostener tales errores, gracias á los que creen poder anonadar á la santa verdad de la Escritura, invocan las decisiones de una nueva *ciencia libre*; pero estas decisiones son por otra parte tan inciertas á los ojos de los mismos racionalistas, que con frecuencia varían y se contradicen en unos mismos puntos.

Y mientras estos hombres juzgan y hablan de una manera tan impía respecto de Dios, de Cristo, del Evangelio y del resto de las Escrituras, no faltan entre ellos otros que quieren ser considerados como cristianos, como teólogos y como exégetas, y bajo un nombre honrosísimo ocultan toda la temeridad de un espíritu de insolencias.

A estos tales puede agregarse otro grupo de hombres, que, persiguiendo el mismo objeto, les ayudan cultivando otras ciencias con el mismo espíritu de hostilidad hacia las verdades reveladas que les impulsan del mismo modo á atacar á la Biblia.

Nós no sabríamos deplorar demasiado la extensión y la violencia que de día en día adquieren esos ataques. Se dirigen contra hombres instruídos y serios, que pueden defenderse sin gran dificultad; pero se dirigen principalmente contra la multitud de ignorantes, sobre la que obran de mil maneras y con diversos procedimientos. Nuestros enemigos más encarnizados.

Por medio de libros, de opúsculos y de periódicos propagan un veneno mortífero, que en reuniones y por medio de discursos lo infiltran más todavía. Todo lo han invadido; ellos poseen numerosas escuelas arrancadas á la Iglesia, y en las que depravan miserablemente, hasta por medio de sátiras y burlas chocarreras, las inteligencias, aún tiernas y crédulas de los jóvenes, excitando en ellos el desprecio hacia la Sagrada Escritura.

En todo esto hay, Venerables Hermanos, hartos motivos para excitar y animar el celo común de los Pastores; de tal modo, que á esa ciencia nueva, á esa falsa ciencia, se oponga la doctrina antigua y verdadera que la Iglesia ha recibido de Cristo por medio de los Apóstoles, y que en este combate tomen parte en todo el mundo hábiles defensores de la Sagrada Escritura.

Nuestro primer cuidado, por lo tanto, debe ser éste: que en los Seminarios y en las Universidades se enseñen las Divinas Letras, punto por punto, como lo piden la misma importancia de esta ciencia y las necesidades de la época actual.

Por esta razón, vosotros debéis emplear la mayor prudencia en la elección de los profesores; para este cometido importa, efectivamente, nombrar, no á personas vulgares, sino á los que se recomiendan por un grande amor y una larga práctica de la Biblia, por una verdadera cultura científica y, en una palabra, por hallarse á la altura de su misión.

No exige menos cuidado la tarea de aquellos que después han de ocupar el puesto de éstos. Nos place que en todos aquellos puntos donde sea posible se escoja, entre los discípulos que hayan recorrido de una manera satisfactoria el ciclo de los estudios teológicos, un número determinado que se aplique por completo para adquirir el conocimiento de los Libros Santos, y la posibilidad de dedicarse á trabajos más extensos.

Cuando los Maestros hayan sido elegidos y formados de este modo, que ellos emprendan con confianza la tarea que se les haya impuesto, y para que llenen de una manera excelente, y á fin de que obtengan los resultados que son de esperar, Nós queremos darles algunas instrucciones más extensas acerca de este particular.

Al comienzo de los estudios deben (*los maestros*) examinar la índole de la inteligencia de los discípulos, buscar el medio de cultivarla, de modo que resulte apta al mismo

tiempo para conservar intacta la doctrina de los Libros Santos y penetrarse de su espíritu. Tal es el objeto del *Tratado de la introducción bíblica*, que suministra al discípulo el medio de demostrar la integridad y autenticidad de la Biblia, el de buscar y descubrir el verdadero sentido de sus pasajes y el de atacar de frente á las interpretaciones sofisticadas, extirpándolas en su raíz.

Apenas hay necesidad de indicar cuán importante es discutir estos puntos desde el principio, con orden, científicamente y recurriendo á la Teología; pues todo el estudio de la Escritura se apoya en estas bases y se ilumina con estos resplandores. El profesor debe aplicarse con grandísimo cuidado á dar á conocer á fondo la parte más fecunda de esta ciencia que concierne á la interpretación, y á explicar á sus oyentes de qué modo podrán utilizar las riquezas de la palabra divina, con ventaja para la Religión y la piedad.

Ciertamente, Nós comprendemos que ni la extensión del asunto, ni el tiempo de que se dispone permiten recorrer en las escuelas todo el círculo de las Escrituras. Pero toda vez que es necesario poseer un método seguro para dirigir con fruto su interpelación, un maestro prudente deberá evitar al mismo tiempo el defecto de los que hacen estudiar pasajes tomados al azar en todos los libros, y el defecto de aquellos otros que se detienen en un capítulo determinado de un solo libro.

Si, con efecto, en la mayor parte de las escuelas no puede obtenerse el mismo resultado que en las Academias superiores en lo que atañe á que cada libro sea explicado de una manera correlativa y minuciosa, cuando menos debe ponerse especial cuidado en que los pasajes escogidos para la interpretación sean estudiados de un modo suficiente y completo; los discípulos, atraídos é instruidos por este método de explicación, podrán luego releer y gustar el resto de la Biblia durante toda su vida.

El profesor, fiel á las prescripciones de aquellos que Nos precedieron, deberá emplear para los estudios la *versión Vulgata*.

Esta es, en efecto, la que el Concilio de Trento ha designado como auténtica y la que debe ser empleada «en las lecturas públicas, las discusiones, las predicaciones y las explicaciones»; dicha versión es también la que recomienda la práctica cotidiana de la Iglesia. No queremos decir, sin embargo, que no haya necesidad de tener en cuenta las demás versiones que los cristianos de los primeros siglos utilizaron con elogio, y, sobre todo, los textos primitivos. Pues si en lo que se refiere á los principales puntos, su sentido es claro en las ediciones hebraica y griega de la Vulgata, esto no obstante, cuando algún pasaje ambiguo ó menos claro se encuentre en ellas, «el recurso á la lengua de que proceden» será, siguiendo el consejo de San Agustín, utilísimo.

Claro es que será preciso proceder con mucha circunspección en esta tarea; pues el deber del comentador es indicar, no lo que él mismo piensa, sino lo que pensaba el autor cuyo texto explica.

Cuando la lectura haya sido encaminada con cuidado hacia el fin propuesto, habrá llegado el momento de escurrir y explicar su sentido. Nuestro primer consejo acerca de este punto es que se observen las prescripciones que están en uso respecto de la interpretación, con tanto más cuidado cuanto que el ataque de Nuestros adversarios es sobre este particular más vivo.

Es preciso primeramente pesar con gran cuidado el valor de las palabras en sí mismas, la significación de su contexto, la similitud de los pasajes, etc., y de este modo aprovechar las extrañas aclaraciones de la ciencia que se nos opone. No obstante, deberá cuidar de no emplear más tiempo ni más solícitud en estas cuestiones que en el estudio de los Libros Santos en sí mismos, para evitar que un conocimiento demasiado extenso y profundo de tales